

JUAN LEON MERA

RÉPLICA

A

Don Manuel Lorenzo Vazquez.



1888.

Imp. de Salvador R. Porras.

MERA.



REPÚBLICA

A Don Manuel Llorente Vázquez.

Comprobación de cuanto en él censuré; vindicación mía; defensa de la honra nacional; explanación de mis ideas acerca de la unión de americanos y españoles; documentos.

Entre mis compatriotas creo que pocos habrán tenido vida mas agitada que la mía en la liza de las ideas; y eso que en el Ecuador, como en todas las Repúblicas americanas de origen español, la polémica ha ido á par de las revoluciones, y si por maravilla se encuentra persona que no haya sido ó no sea revolucionaria, rara es asimismo la que, si sabe manejar la pluma, siquiera sea de gallina, no eche su cuarto á espadas en materia de discusiones políticas ó de otra naturaleza, cuando lo requieren los intereses de la Nación, ó los de bandería, ó simplemente los individuales. Jamás, eso sí, he defendido causa injusta ni menos que me hubiese parecido indigna: los principios católicos, la honra de la patria y de la América, la inocencia y el honor ultrajados, la pureza y cultura de las costumbres, el buen gusto literario y poético, he ahí los objetos por los que siempre he luchado. No me atrevería á escribir estas líneas, sino fueran los partos de mi pluma bastante conocidos en el Ecuador y fuera de él para sacarme veraz. Jamás he manejado en mis escritos *armas prohibidas*, como han dicho mis enemigos; y no las he manejado, porque eso es inmoral, y porque con ellas se asegura el triunfo del rival y el descrédito propio. Si alguna vez he causado heridas profundas, no ha sido la culpa mia, sino de lo vulnerable de quien ha querido lidiar conmigo. He combatido siempre al amparo de la razón

y la justicia, defendiendo ó atacando principios; rara vez y á pesar mio, lo digo con toda verdad, he tocado á las personas; à ello me he visto obligado, porque no cabe duda que en ocasiones se necesita hacer conocer la deformidad moral del individuo para conseguir más fácilmente la derrota de un error, la reprensión de un vicio ó el castigo de una maldad. Al fin la sociedad vale más que el individuo, y si es preciso que éste caiga para que aquella se salve del mal que le ha preparado, que caiga, que sucumba en hora buena. Al fin, por último, la verdad y la justicia deben estar sobre todo respeto humano, y quien desentendiéndose de ellas á éste da preferencia, es delincuente ante los ojos de Dios y de los hombres de bien. Si se cree que alguna vez he sido injusto y que, cegado por la pasión, he disparado contra quienes no debía, que de ello se aduzcan pruebas, que me convenzan, y no vacilaré en pedir humildemente perdón á mis enemigos. En tanto que así no se proceda, derecho tengo para mantener erguida la frente. Si hay quien quiera seguir insultándome, en vez de lidiar como caballero y como cristiano, hágalo; pero advierta que con hacerlo toma la espada por la hoja y se despedaza la mano, antes que ofenderme asestándome golpes con la empuñadura.

En el campo de mis diarias contiendas se me ha presentado el español don Manuel Llorente Vázquez. No le presedió muy buena fama cuando se vino al Ecuador y, con todo, fué bien recibido por la sociedad quiteña y por el Gobierno. No trascurrió mucho tiempo, y él mismo se encargó de confirmar lo malo que se decía de su conducta. El círculo de sus conexiones se redujo, y en las pocas personas que siguieron prestándole amistad, obró más que el aprecio que inspiraba, la tolerancia y la cortesía llevadas al exceso: el aprecio había casi desaparecido. El Gobierno veía en él no al caballero de sentimientos elevados y maneras cultas, sino la necesidad de cultivar las buenas relaciones con la madre patria anudadas tras larga interrupción: el caballero no existía. El Cuerpo Diplomático le retiró sus consideraciones, pues el Sr. Llorente se hizo indigno de ellas. Así este hombre, á quien vendría justo el refrán, *la cabeza blanca, y el seso, por venir*, si no fuera algo peor que un loco, no supo mantener alta la honra española ni trabajar por el olvido de antiguos enojos y por la unión fraternal de los españoles peninsulares y americanos.

Al principio no escribí ni una sola línea improbando ciertos

procedimientos del Sor. Llorente, aunque pude hacerlo; pero el insidente del modelo de la estatua de Sucre me hizo decir algo de él allá por los últimos meses de 1886, y aún nos cruzamos privadamente unas pocas cartas en enero de 1887. Ese insidente, en el cual moví la pluma en defensa de la honra nacional, es bien conocido, y no es menester sacarle de nuevo á colación. Posteriormente, ido ya de la tierra ecuatoriana el ex-ministro, ultrajó á los hijos de este país que tan generosa acogida le dispensara, y aún hizo fisga de Bolívar, cuya momoria veneramos con justa pasión los americanos. Indignado entonces escribí y dí á luz en el número 15 de *El Cometa*, periódico de Quito, el artículo al cual ha contestado el Sor. Llorente en una hoja dada á luz en Madrid el 14 de agosto último. Ha estallado como un petardo. ¡Pobre Sor. Llorente! ha obrado con suma falta de cordura; pero esto es natural en él.

Niega la mayor parte de los cargos que le hice, me acusa de falsedad, me carga á insultos, dice que he descendido al fango y le he tirado puñados de lodo, que tengo contra España odios de Apache en la sangre, que merezco un cólico miserere, que me sangre, que me purgue. . . . ¡Pobre Sor. Llorente! Permítaseme repetir: *la cabeza blanca, y el juicio* . . . en el siglo XX; y como es seguro que el ex-ministro no ha de ver este siglo, es claro también que se ha de ir al otro mundo con el juicio *en veremos*.

El Sor. Llorente ha debido para defenderse aducir alguna prueba, siquiera sea breve, contra mis aseveraciones, ó discurrir, aunque sea valiéndose de sofismas; pero su papel, de la cruz á la fecha, es sólo una lista de negaciones y de insultos con sus relieves de vanidad.

Ya que el Sor. Llorente no ha querido probar nada, voy á tomarme yo el trabajo (fácil por cierto), de demostrar plénamente que hablé verdad y fui justo en todo cuanto dije de él y, por incidencia, de otros objetos. Añadiré también algo nuevo, por más que no pueda ser del agrado de dicho Sor.

Niega, ó dice que no recuerda, haber dicho que el Ecuador *no es sino un millón de indios que pueden ser gobernados por un alcalde*. Seguramente el recargo de los años ha hecho perder la memoria al ex-ministro: le ayudaré á recobrarla citándole *La Epoca*: allí lo dijo. Eso de ser indios, nada malo tiene ni, por lo mismo, habríamos hecho alto los ecuatorianos en que así se nos llame; pero el Sor. Llorente lo dijo con intención

maligna, en son de desprecio, y esto no podíamos tolerar. En punto á la verdad que encierra *eso del millón de indios*, ya la expresé en mi artículo de *El Cometa*: "Sea por las barbaridades de la conquista, pues las hubo por más que digan lo contrario los que quieren justificarla en todo; sea por el duro sistema colonial que se siguió; sea, en fin, porque ha ido gradualmente confundiéndose con la raza blanca, es lo cierto que la raza india de sangre pura ha venido tan á menos, que hoy en el Ecuador (y quizás sucede lo mismo en otras partes) apenas puede computarse en una cuarta parte de la masa total de la población". El Sor, ex-diplomático insinúa con bastante claridad que me tiene por indio. En hora buena: lo ha dicho por zaherirme, y ha errado el tiro como en todo. Me han asegurado que soy de familia española, y tengo motivos para creer que esto es verdad; pero si me honro con pertenecer á una raza tan noble como la ibera, no menos honrado me juzgaría si me hubiese elevado desde la abyección á que han abatido á los indios desgracias inmerecidas, hasta el distinguido lugar que ocupo en la sociedad. ¿Y por ventura no hay en América numerosos ejemplares de indios de pura sangre que se han encumbrado por diversos modos en la escala social?

Puede que tampoco recuerde el Sor. Llorente la fisga hecha á Bolívar, y le refrescaré la memoria citándole *Las Novedades* de Nueva York; asimismo ha de haber olvidado los ultrajes por él dirigidos posteriormente á la sociedad quiteña, y le diré que se acuerde de *El Archivo diplomático*. ¿Cree el bueno del español desmemoriado que vivimos por aquí tan ayunos de periódicos extranjeros, que no sabemos jota de lo que por allá se escribe de nosotros? Esto y mucho más sabemos por estos rincones de los Andes, y algunas veces nos hemos reído de ver que en el Viejo Mundo se hacen cosas peores que las que nos echan en cara á los *salvajes* del nuevo.

Había yo censurado én los viajeros que visitan el Ecuador el prurito de pintarnos con colores denigrantes, y de esto se vale el Sor. Llorente para echarnos una nueva pulla, con justificar ese prurito. No sólo *algo*, sino bastante tenemos que debe *chocarles*; pero falta saber si *todo* es repugnante y digno de aquella comezón de censura de nuestros huéspedes y si aún ese algo ó ese bastante no merecen disculpa. ¿Por qué no ha contradicho el Sor. Llorente los motivos que expuse para excusar el estado de atraso del Ecuador comparado con los

viejos pueblos de Europa ó con los EE. UU. de la América del Norte? ¿Por qué no ha refutado el cargo que hice contra la corrupción y barbarie que van desarrollándose en Europa con alarmante rapidez, en medio de su deslumbradora civilización material? Y acaba el Sor. Llorente por asegurar que no está *epidemiado* de aquel prurito. ¡*Epidemiado!* vaya con el señor castellano que ha inventado un verbo muy bonito! Un indio del Ecuador habría dicho **contagiado**.

Díceme el Sor. Llorente que *me he bajado al fungo para tirarle puñados de lodo, que no le alcanzan y que me ensucian las manos*. Falso por todas cuatro esquinas: ni he bajado, ni le he tirado lodo, ni él está limpio; ni mis manos sucias: me enojé con harta justicia contra él, quise castigarle, y para hacerlo no hice sino, viéndole empuercado por sí mismo, enseñarle con el dedo al público para que conociese qué hombre había enviado al Ecuador el Gobierno de España para que le representase. El público de Quito, ni el de Venezuela, ni el de Centro América necesitaban que yo les dijese quién es don Manuel Llorente Vázquez; pero hay otros pueblos á los cuales era necesario el conocimiento de tan curioso personaje.

Curioso no por limpio y puicro, à fe mía: el ex-diplomático don Manuel viene enlodado de piés á cabeza de muy atrás. No traeré à cuento aquello que se dice de haber sido separado de la Legación en una Corte europea, por que no habiendo sido invitado à un banquete por una dama de alta gerarquía, le dirigió un billete desatento y grosero; tampoco haré meución de la polvareda que el buen señor vino à levantar en Centro América, en una de cuyas ciudades dizque hicieron con él lo de los yangüeses con el caballero de la Mancha, mas no por desfacedor de agravios, sino por todo lo contrario. Puede que diga el Sor. Llorente que todo esto es mentira, y yo no doy un cuarto al pregonero por averiguarlo; aunque no me cabe duda que ha de ser verdad, pues *quien hace un sexto, hace un ciento*, dice el pueblo de por acá. No abro, pues, cuenta á don Manuel por aquellos milagros, porque no tengo los documentos à la mano; pero sí se las voy à ajustar por todo cuanto hizo en Caracas y en Quito.

En la capital de Venezuela no temió, pues, el Sor. Llorente Vázquez simpatizar con los perturbadores del orden público; se valió de la coyuntura que le prestaba el hecho de haberse asilado en territorio de aquella República el insurrecto cubano don Rafael Quesada, para crear dificultades al Gobierno hasta el caso de ha

berse temido una ruptura con el Gobierno español; empleaba agentes que buscasen españoles descontentos para poder entablar reclamaciones; matriculaba á los venezolanos como españoles, y esta era una mina de la cual extraía buen dinero, al cual es apegado con exceso el delicado ex-diplomático; *con continuas, enojosas y aún ofensivas* manifestaciones patentizó su enemistad *incontenible* para con Venezuela. Bajo otros aspectos la conducta del Sor. Llorente no fué menos indigna: presentábase en las calles de Caracas y entraba á los templos sirviendo de hazmerreír á los muchachos y de objeto de menosprecio á las personas serias, pues llevaba consigo un perro atado á su muslo derecho; gustaba de acompañarse de mujeres de mala fama. . . . Por todas estas cosas y otras más del nada enfangado don Manuel, túvosele por hombre falto de juicio y, por tanto, del todo incompetente para los negocios diplomáticos. El Gobierno venezolano solicitó su separación; pero hubo de expedirle pasaporte aún antes que el Gabinete de Madrid resolviese separarlo, pues la conducta del Sor. Llorente vino á ser por cabo intolerable. Pruebas: véanse al fin de este escrito los documentos que he tomado de la acreditada obra de don Rafael Seijas, *El Derecho Internacional Hispano-Americano*. ¿Serán esas tristes y feas revelaciones hechas al mundo contra el Sor. Llorente en obra de tanto mérito, otras tantas *pérfidas inexactitudes*? ¿El Gabinete de Caracas que se quejó de ellas y el Sor. Seijas que las dió á la estampa, habrían *descendido al fungo y tirado todo* á don Manuel? ¿se habrían *ensuciado las manos* cuando así obraron, el uno en defensa del honor é intereses de la patria y el otro en interés de la diplomacia hispano-americana?

Estos antecedentes de hechos oficialmente narrados, y recogidos y publicados luego en Venezuela, por un escritor y estadista como don Rafael Seijas, bastarían para poner fuera de duda la credibilidad de cuanto del Sor. Llorente dije en mi artículo citado; pero quiero probarlo de otra manera.

El Sor. ex-diplomático no hizo ninguna gestión oficial ante el Gobierno ni ante las Cámaras para que se mutilase el modelo de la estatua de Sucre, colocado en la galería exterior del teatro que lleva este nombre. ¿He dicho eso, por ventura? Dar á entender que lo he dicho, como lo hace don Manuel, eso sí es faltar á la verdad. Lo que él hizo fué hablar contra el modelo mencionado, quejarse, y privadamente mostrar á quienes sabía que habían de complacerle, su vivo deseo de que se quitase el

símbolo del vencimiento de Sucre sobre el poder español, que acompañaba à la estatua. Cosa parecida sucedió con la letra del Himno Nacional, y en nombre del Sor. Llorente me vió un honorable diputado, para que cambiase esa letra.

No he reprobado en el Sor. Llorente el gran cariño à los perros: que en buena hora los quiera mucho; lo que he censurado es la ridiculez, que sería notable en cualquiera persona de la buena sociedad, y que fué mayúscula en el Exmo. Sor. Ministro de España en el Ecuador, de llevarlos en brazos à manera de cariñosa nodriza, por las calles de la capital. Al perro que en Caracas llevaba atado al muslo, llamaba el *attaché* de la Legación, lo cual juzgo no habrá sido del gusto de los españoles; à los cachorrillos dueños de todo su afecto en Quito, les había puesto un nombre muy del agrado del Sor. Llorente, pero que, entre nosotros, no suena en labios de personas decentes y cultas: *c...illos*.

Asegura el Sor. Llorente *que me consta que la yegua que montaba era un noble y excelente animal, y su ropilla un traje correcto de montar, con bota*. No es verdad que *me conste*, però lo contrario lo sabe Quito; si tal fué la yegua y tan elegante el traje, no habrían llamado la atención de los muchachos y mozos del pueblo, que le rodeaban y ponían en calzas prietas. Una vez la escena pasaba en la plaza de la Catedral, y el Presidente de la República tuvo que enviar un edecán en auxilio del Sor. Ministro que daba voces destempladas amenazando à la granuja que le cercaba y silbaba. Con este motivo mandó hacer un bastón con una gran bola de hierro por puño, con el cual amera- zaba à los chicos y mozos que se reían de él: "Miren, decía, tengo esto para hender cráneos".

Forastero à las leyes de la urbanidad, que son más rígidas para un diplomático que para un particular, hizo su primera visita al Presidente de la República con pantalones de color y chupilla; y es lengua que, habiendo el mismo Magistrado acompañado hasta una hacienda cercana, cuando salió de Quito, fué à despedirse de él para tomar la vuelta de la ciudad, y el Sor. Llorente le recibió en calzoncillos.

Pero va à decirme. "Me extremezco al pensar lo que habría dicho Ud., si tuviera algo que decir, cuando se ocupa de tales puerilidades". Ahí es un granillo de anís lo que hay que decir del Sor. Llorente! ¿Con que le parecen puerilidades esas cosas? pues vamos à algunas de más bulto.

El Sor. Llorente llevaba una vida nada conforme con la mo-

ral y la deserción, y recibía en su departamento cierta clase de mujeres... á las cuales, cuando salían, acompañaba en mangas de camisa hasta el descanso de la grada. Quiso que sus escándalos no tuviesen festigos, y se empeñó en despedir á unos plateros que vivían en los cuartos bajos. Ellos se resistieron, pues eran honrados inquilinos del propietario de la casa. Entonces el Sr. Llorente acudió á la Policía para que los expulsase; pero el Intendente del ramo, amigo del Sr. Ministro, se negó á complacerle. En seguida llevó su demanda al Ministerio, no sin lanzar imprecaciones y bascosidades contra aquel empleado, y amenazó con que se quejaría al Gobierno de España si no se le daba gusto. La demanda fué acompañada de tales palabras del enfurecido Sr. Llorente, que... el despacho de Relaciones Exteriores quedó apesadado. El Ministro Dr. Espinosa le dió la contestación que debía, ofreciendo que por su parte comunicaría también á España los motivos y pormenores de la queja. Esto y las pruebas que los plateros aparejaban para defenderse, de las cuales el Sr. Llorente habría salido muy mal librado, hicieron que desistiese de su empeño.

La imprudencia del Sr. Llorente y su desagrado por todo lo que tenía relación con nuestra independencia, por más que pueda decir lo contrario y citar su nota pasada al Ministerio el 10 de agosto de 1886, le llevaban á veces á procedimientos impertinentes, por no decir otra cosa: así, por ejemplo, manifestó su deseo de que el sacerdote que debía pronunciar la oración laudatoria de aquella fecha, la enmendase en términos que no pudieran desagradar á Su Excelencia. El eminente orador, pues fué nada menos que el Dr. González Suárez, contestó como debía y no cambió ni una tilde en el discurso que había preparado. Por los mismos días se metió don Manuel en casa del hábil pirotécnico que preparaba los *fuegos de Bengala* para esa fiesta nacional, y reprobándolos, se expresó en términos que ofendieron el amor patrio del que los trabajaba. Este quiso vengarse, y para ello se valió de su propio arte: pues la noche de los fuegos se vió, entre el aplauso de millares de espectadores, volar de un cañonazo en pedazos una corona, y gritar un león oprimido por las plantas de Sucre. ¿Quién tuvo la culpa para esta demostración tan desagradable al Sr. Llorente, sino el mismo entremetido Sr. Llorente?

Repetiré aquí con don Antonio Leocadio Guzmán, Ministro de Venezuela, al solicitar el relevo del Sr. Llorente Vázquez:

“Podiera citar muchos, muchos hechos más”; pero temo fastidiar al lector, como me voy fastidiando yo mismo. Lo único que añadiré para acabar la pintura del carácter nada noble ni elevado del ex-ministro, es que solía decir á sus amigos: “Yo no soy enemigo de la independencia de las Repúblicas americanas, por que sino fuera por ella, no me habría venido de diplomático ganando una buena renta”.

—¿Y la prueba de todo eso? va á decirme el buen señor. Lo público no necesita prueba: ahí está todo Quito. Y si más apura, invoco el testimonio de los mismos amigos del Sor. Llorente, incluso los respetables señores que fueron Presidente de la República y Ministros de Estado; caballeros son, salgan con la verdad pura y limpia, expongan lo que les consta ó saben, y veremos si quedo *moralmente aniquilado* y si soy *indigno de que se me tribute consideración*. Si posee cartas de esas personas, deben estar llenas de tolerancia y cortesía, y nada más; si le es lisonjero el *testimonio oficial* sobre su porte como diplomático, debe ser solamente una prueba más de cómo procede la etiqueta de la diplomacia en todas partes, la cual muchas veces hace la vista gorda ante los hechos más evidentes, y moja la pluma en el almívar de la lisonja, que no en la tinta amarga de la verdad. ¿En ese *testimonio oficial*, constará, por ejemplo, el hecho de haber querido el Sor. Llorente tratar como negocio internacional el de los susodichos plateros, á fin de tener mayor libertad para sus lubricidades? Claro es que no.

Satisfecho se muestra el Sor. ex-diplomático de haber encontrado que *no todos los ecuatorianos se me parecen*. Tiene razón que le sobra, pues claro se está, si todos mis compatriotas se me pareciesen, si á lo menos en el Gobierno hubiese habido quien pensase y sintiese como yo, el Sor. Llorente no se habría atrevido á tantos desmanes: en el Ecuador se habría hecho con él lo que se hizo en Venezuela—despedirlo.

Mi amor á la honra de la patria y á la justicia me obliga irresistiblemente á no dejar pasar aquí sin reprobación la conducta por extremo tolerante y complacentera del Gobierno ecuatoriano para con el Sor. Llorente: con ella amenguó el decoro nacional. Ni seguiré adelante sin hacer igual reproche al Gobierno español. Ninguno de los dos ignoraba la conducta anterior de aquel caballero y sus nada convenientes aptitudes para la diplomacia. Se supo indudablemente en Madrid lo que hiciera en Europa, y se le mandó á América; se supo sus locuras y

escándalos en Venezuela, y se le mandó á Centro-América; se supo que aquí su comportamiento fué pésimo, y se le mandó al Ecuador. ¿Qué significa esto? ¿es desprecio por las Repúblicas americanas? ¿ó llega á tanto el favoritismo en la Corte española, que se lo antepone á su propio honor y á los intereses de los hijos de la Península residentes en estas tierras? Averígüelo Vargas. Pero he de recordar aquí, pues á cuento viene, unas palabras de justicia del eximio escritor y diplomático don Juan Valera cuando, después de recordar el amor á la Madre Patria que muestra el colombiano don José Joaquín Ortiz en unos versos, dice: "Amor que nos orgullece, que procuramos pagar, y que muestran y sienten los hispano-americanos, ~~es~~ á pesar de los errores y torpezas en que han incurrido con frecuencia nuestros gobiernos en sus relaciones con aquellas repúblicas". A poco añade: "El poeta (el Sor. Ortiz), ya anciano, es uno de los últimos testigos ~~de~~ de la gloriosa guerra de la Independencia, y lamenta las discordias civiles del día, mientras que las hazañas de Bolívar y de los demás libertadores dan á su ánimo afligido.

Consuelo celestial con su memoria" (1)

Con hombres de la penetración y recto juicio del ilustre Sor. Varela y de muchos otros compatriotas suyos que se le parecen, la unión y fraternidad de americanos y españoles pueden llegar á feliz coronamiento; con hombres como don Manuel Llorente Vázquez, pueden volver los pasados tiempos en que los españoles de allá y los españoles de acá andábamos como moros y cristianos y nos matábamos con el acero y con la lengua.

El cargo más grave que contiene contra mí el papel del Sor. Llorente, es el odio contra España que gratuitamente me atribuye; funda su acusación en mi folleto sobre la estatua de Sucre, y cualquiera persona que lo lea, siquiera sea de mediano entendimiento, no encontrará en él odio ninguno, sino apreciaciones lógicas, fundadas en la historia y hechos sin pasión, y la defensa del honor nacional que juzgué ofendido, como lo juzgaron mil otros ecuatorianos. "Ya en otra ocasión, añade el Sor. Llorente, el periódico oficial del Ecuador, en artículos es-

(1) *Cartas Americanas. III.* A don José Rivas Groot. Publicadas en *El Imparcial* de Madrid, y reproducidas en *Las Novedades* de N. York.

V. el N° 341, 20 de setiembre de 1888.

critos en su parte no oficial, y con motivo de la estatua de Sucre, le dió á Ud. una merecida y cortés lección por otras faltas de conciencia, de las cuales supongo que se arrepiente Ud. con frecuencia, pero en las que reincide con constancia." No sólo el periódico oficial, sino otros periódicos y aún cierto folleto de ecuatorianos *sin conciencia* ni patriotismo, y escritos bajo la influencia de quien tenía interés en defenderse, me cargaron la mano; pero el Sor. ex-ministro se ha olvidado de mi réplica, *Mi última palabra sobre la estatua de Sucre*, después de la cual mis contendores no volvieron á mojar la pluma. A lo menos á mis manos no llegó ninguna contraréplica y ni aun cuando hubiese visto alguna habría yo escrito más, porque la prudencia me obligaba á respetar ciertas circunstancias muy delicadas de la política de entonces. Inmediatamente después de *Mi última palabra* &, sólo una carta publiqué dirigida al Redactor de *La Nación* de Guayaquil, y (1) en este mismo Diario. En ella manifesté los motivos que tuve para proponerme cortar la polémica, y en ella me mostré muy diverso de lo que me pinta el Sor. Llorente Vázquez en punto á mis afectos para con España. El párrafo en que de esto trato merece ser copiado aquí: "No quiero pasar en silencio, pues la ocasión es oportuna, un suceso cuya reprobación pondrá de realce mi carácter una vez más, y contribuirá á poner en su punto la manera justa y noble con que he tratado el proyecto, que va siendo ya un hecho, de la unión de americanos y españoles. Cierta noche se ha presentado un grupo de gente delante de la casa del Sor. Llorente Vázquez, y ha vociferado de una manera ofensiva á dicho Sor. y aún á España. ¡Malo, malísimo! condeno este acto de injusta y estéril hostilidad con toda la energía de mi alma, y doy al Ministro español toda la razón que se merece, cuando en carta particular se me queja amargamente; y si su queja fué privada, sea público mi voto de censura. Pero conviene recordar que cuando las pasiones se exaltan y desbordan, en todas partes obran como *salvajes*—aun en los países más civilizados: recuérdese sinó el suceso de París con don Alfonso XII, á su vuelta de la visita al Emperador de Alemania, y el más reciente aún ocurrido en Madrid con el Ministro alemán, cuando el incidente de las *Carolinas*. Para el pueblo de Quito la es-

(1) Puede verse esta carta en el N° 2,278 correspondiente al 25 de enero de 1887.

tatua de Sucre fué las *Carolinas*."

Debo al Cielo, entre otros beneficios, el de no conocer el odio y el rencor, pasiones salvajes y dañosas al corazón que las abraza; me indigno cuando para ello hay motivo, y mi indignación se traslada al papel, á veces con rasgos de fuego, y esto es todo; pero de esto al odio hay una distancia inmensa. No le tengo ni al Sor. Llorente, menos á todos los españoles. Ni lo tenía *mi pariente que murió hace poco*, á quien alude el expresado señor. Ese pariente, que pensaba y sentía con profundidad y rectitud, que tenía un corazón nobilísimo, que no se manchó jamás con ninguna pasión ruin, y era modelo de honradez y uno de los timbres del foro ecuatoriano, fué el Dor. don Nicolás Martínez, y todos cuantos le conocían saben que era incapaz del odio que le atribuye el ex-diplomático español.

Sabido es que en la vida pública, más que en la privada, se ve el hombre á veces en situaciones anormales y obra según el influjo que estas ejercen en su ánimo. Para mí, como para infinidad de americanos, una de esas situaciones fué la en que nos vimos cuando el Gobierno español envió sus navas á hacer guerra contra Chile y el Perú, con los cuales se aliaron para la resistencia Bolivia y el Ecuador. Yo, español por una inclinación natural poderosa (dígoles con toda lisura); pero americano por un afecto más poderoso aún, pues la América es mi madre amadísima, me indigné contra los que habían venido á cañearnos en nuestra casa, y me uní, ya que no podía hacer más, con los periodistas chilenos y peruanos para devolver á los españoles insulto por insulto, ultraje por ultraje, ¿Para qué ni por qué negarlo? escribí con hiel en vez de tinta. Mas los periódicos españoles ¿por ventura nos regalaban con leche y miel y nos coronaban de flores? ¡Qué atrocidades no dijeron de nosotros! Según ellos éramos los sudamericanos algo así como los *zulules*, y nuestros gobernantes unos *Cetewayos*. Hasta se calumniaba: en un periódico de Madrid se aseguró que García Moreno había hecho fusilar en Quito en un sólo día á todos los senadores, porque no le dieron gusto en no sé qué pretensión. Pues bien, entonces ocurrió lo siguiente: un músico presentó al Senado un Himno nacional; la letra era ruin. Hallábame de Secretario de la Cámara, y el Presidente, que fué el insigne abogado don Nicolás Espinosa, me comprometió á que compusiese otra letra; hícelo así; agradaron los versos

á Senadores y Diputados, y como la música les pareciese ma-
 ía, con mucha razón, resolvieron enviarlos á Guayaquil para que
 el maestro Neuman les acomodase en otra. Neuman se desem-
 peñó tan bien, que por él tenemos en el Ecuador el mejor
 Himno nacional conocido en Sud-América. He ahí la historia
 de este Himno; y pregunto ahora, la letra ¿no tenía de salir
 impregnada del sentimiento que á la sazón dominaba no sólo
 en mí, sino en todos los ecuatorianos?

Oreo, pues, que el Sor. Llorente no ha tenido justicia en que-
 jarse de mí y atribuirme odio á España á causa de tal Him-
 no, inspirado por antiguos recuerdos patrióticos, y por un he-
 cho del Gobierno español, cuya calificación dejo al desapasio-
 nado juicio del Sor. don Juan Valera.

El Sor. Llorente no podía ocultar su ira cuando escuchaba
 aunque fuese sólo la música del Himno. Solía, hincharse y po-
 nerse rojo como un tomate, y gruñía: “¡Vaya, vaya!...¡qué
 cosa!...El Himno...todo ha de ser el Himno”.

Y la letra del tal Himno dice poco más ó menos lo mismo
 que otros Himnos americanos: de los que conozco, ninguno
 tiene alabanzas para España, sino todo lo contrario; y los hay
 escritos por don Andrés Bello, tanto y tan justamente apre-
 ciado por los españoles, por sus diversos y grandes méritos.
 Su *Himno de Colombia* empieza.

“Otra vez con cadenas y muerte
 Amenaza el tirano español;
 Colombianos, volad á las armas,
 Repeled, repeled la ambición”.

Pero se dirá que esto fué escrito á raíz de la independencia.
 Es verdad; así como fué escrito el Himno ecuatoriano, no á
 raíz, sino en los días mismos de la última guerra que nos trajo
 España. Mas, pasando por alto la oda del mismo Bello *Al 13
 de Setiembre en 1830*, recordaré su otra composición á la mis-
 ma gloriosa fecha en 1841, en la cual se hallan estos versos:

“Diez y ocho de Setiembre, hermosa fiesta
 De Chile, alegre día
 Que nos viste lanzar el grave yugo
 De antigua tiranía”.

.....
 “Bramarán los tiranos; guerra y luto

Decretarán traeros,
 Y convertir en servidumbre eterna
 Los recobrados fueros.
 "Pero ¿cuándo en las lides la victoria
 No ha coronado al fuerte,
 Que á la ignominia de servil cadena
 Antepuso la muerte?
 "Que si al tirano alguna vez sonrie
 La fortuna indecisa,
 Múdase pronto en afrentoso escarnio
 La halagüeña sonrisa".

 "Son innatos derechos proclamados,
 Del hombre; la española
 Corona hollada, y concedido el cetro
 A la Ley santa solá. &".

Basta con lo citado, pues el nombre del sabio Bello me sirve de suficiente amparo, y no ha menester traer á cuento otros himnos y otras poesías semejantes, y aún más percutientes para España, que el Himno nacional ecuatoriano.

Y después de mi confesión explícita de lo que he escrito contra los españoles, cuando la ocasión me ha obligado á ello, y confesando que no podría contenerme si por desgracia volvieran á acometernos como en otros tiempos, probaré mi españolismo con algunas citas. Las cosas que se dicen cuando el ánimo está despreocupado y tranquilo pintan mejor lo que uno piensa y siente, que las que se expresan en momentos de exaltación y enojo. Veamos en qué queda *mi enemistad declarada contra España*, maliciosa pero pobre invención del Sor. Llorente, sin duda para despertar la ojeriza española contra mí.

Cuando murió la reina doña Mercedes, me valí de un sencillo incidente de mi propia familia para asociarme á los españoles en su justo sentimiento por la pérdida de su virtuosa y simpática soberana, y escribí, con este sólo objeto, *La Simpatía del dolor*; poesía que salió á luz en un periódico de Quito, y que fué reproducida por muchos extranjeros.

En mi artículo *El 10 de Agosto y la Academia Ecuatoriana*, escrito en 1876, pero que no pudo ver la luz pública sino en

1883, en los *Anales de la Universidad*, (1) se hallan los siguientes conceptos: "España, la cristiana, noble y heroica luchadora de ocho siglos, y cuya independencia y libertad del poder agareno son muestras admirables de cuánto alcanza un pueblo movido de amor patrio y arrebatado del impulso de una sola fe religiosa; España conquistó estas tierras amadas del sol y por la naturaleza pródigamente enriquecidas, y á ellas trajo no sólo su lengua, creencia y costumbres, casi siempre de forzosa imposición de parte del sojuzgador al sojuzgado, sino su propia sangre que, corriendo mezclada con la indígena por venas americanas, americana vino á ser igualmente".....

"La monarquía española, árbol inmenso y magnífico, cuyas ramas se extendían á los cuatro vientos, abarcando poderosas gran parte del globo, había llegado á la plenitud de su desarrollo; muchas de ellas, dobladas sobre el continente hallado por el genio de Colón, prendieron y crecieron y alcanzaron extremada robustez."

"Estos juiciosos cultivadores (Los buenos escritores de la América española) han sido aún más felices que ciertos hombres que reniegan de todo cuanto no es americano, y que llevan su *antigodismo* hasta la locura, por no decir más, pretendiendo que en nuestras Repúblicas no se conserve ni aún la lengua de Castilla. Este odio á todo cuanto fué de la madre común; que rechazando hasta la rica herencia del idioma, quiere que nos contentemos con una ridícula jerga, de la cual nos da con frecuencia risibles muestras, va cayendo diariamente en mayor descrédito: las simientes que derrama acabarán por ser devoradas de las aves del cielo, esto es del buen gusto y de la sana crítica, así como las venganzas y los rencores que engendró la guerra de la independencia van siendo borrados por la mano del tiempo y por la necesidad de atender á los intereses recíprocos de los antiguos contendores. Pronto españoles y americanos, aunque dueños independientes de sus hogares y árbitros de sus destinos, volverán á formar una sola familia; pues la sangre, la religión, la lengua y las costumbres son magia que atrae y cadenas que ligan, y la literatura, la industria y el comercio son clavos que remachan esas cadenas, á despecho de la política, la ambición y la guerra.".....

"Si las fechas que en cada uno de nuestros pueblos han se-

(1) N° 5°. Julio de 1883.

ñalado las revoluciones ò las victorias de la independencia, nos merecen respeto y las celebramos con entusiasmo, días de regocijo deben ser también los días del establecimiento de nuestras Academias. España, de cuyo poder nos sacudimos un tiempo, viene hoy por medio de una de sus Corporaciones más sabias á invitarnos á la alianza y fraternidad en el campo de las luces, y nos abre los brazos y nos dirige frases propias para recordarnos agradablemente que á ella debemos la vida y los primordiales fundamentos de la familia católica y de la sociedad civilizada. ¿Podremos ser indiferentes á este llamamiento? ¿seremos ingratos á él en lo sucesivo? ¡No mil veces! Comprendemos bien el pensamiento de la Academia Española, y anhelamos no mostrarnos indignos de él. Tengo para mí que la alianza de las inteligencias para la defensa é incremento del idioma común, estableciendo el comercio de ideas, traerá por última consecuencia la desaparición completa de las reliquias de la enemistad que surgió ahora más de sesenta años, y, por tanto la rehabilitación de los afectos de familia que antes unían á los españoles de Europa con los españoles de América.”

En mi discurso leído en la noche del 10 de agosto de 1886, como Presidente del Senado, al hablar de las glorias de la Independencia ensalcé también á España, llamando á su bandera “símbolo de legendario heroísmo y antiguas y venerandas glorias.”(1)

En *la Virgen del Sol*, leyenda que escribí en mis mocedades, y cuya segunda edición acaba de hacerse en Barcelona, puse estos versos, cuyo pensamiento armoniza con el de Quintana al hablar de la conquista de América en su famosa poesía á la *Expedición Española* de Balmis para propagar la vacuna:

¡Oh tiempos de heroísmo y fe robusta,
Y á par á instintos bárbaros propicios!
¡Cuántas páginas de oro os debe España!
Cuántas de hierro y de sangrientas sombras!

En mi *Canto á los Héroes de Colombia*, no obstante de haber sido escrito en los mismos tiempos que el *Himno Nacional* y contener versos percucientes, hijos de la ocasión, se hallan estos:

(1) Municipio de Quito, N° 18.

“¡Cuál tu terrible saña
Fué de temer, batalladora España!

.....
¡Oh! vencer y postrar á endebles huestes
No empresa digna de sus hijos era. (Los de Colombia)
Héroes son menester para los héroes:
Águila para el águila altanera,
Para Colombia, España.

En mi *Canto á Olmedo* hay lo siguiente:
“Muévense de los libres las legiones
Y las de España al anhelado encuentro.
Los gloriosos pendones
Flamean magestuosos en el centro”.

.....
.....“De cada bando
Parten mil muertes; de la horrenda saña
El volcán en los pechos hierve y crece.
Patrio amor á los unos enardece,
A los otros el nombre de su España,
A todos el honor”.

En mi composición con motivo del centenario de Bolívar,
corren estos versos, puestos en boca del héroe:

“Magna y sublime, vive Dios, fué la obra
Del gran Colón y de la heroica España.

.....
Ver con audaz mirada un mundo nuevo
De ignoto mar dormido en el regazo,
Y venciendo olas y enemigos vientos,
Y avasallando dudas é ignorancias,
Venir, tomarle, alzarle, y á otro mundo
Asombrado decir: ¡He aquí tu hermano!
Y á las puntas fiar de cuatro aceros
De sojuzgar naciones la ardua empresa,
Gentes postrando en número infinitas;
Y arrancar al error millones de almas,
Y á la cruel barbarie; las sangrientas
Aras despedazar, do el pecho humano
En atroz agonía se agitaba;
Quitar al sol el usurpado culto
Y devolverle al Criador; triunfante
La Cruz alzar en los dorados templos...

¡Qué hazañas! qué grandeza! cuánta gloria!
 ¡Quién á envidiarlas no se inclina? ¡Oh! fuera
 Yo aquel gran Genovés! ¡Oh madre España!
 Fuera yo entonces tu monarca, de ellas
 Apoyo, fuerza y vida! ¡Oh tú del mundo
 Heroína invencible, alza la frente,
 Álzala coronada de esplendores!....

Y en otro punto, al recordar Bolívar que fué vencedor del poder español en América:

“Con tu valor ¡oh España! te he vencido.
 Tu enojo contra mí temple el orgullo:
 ¡Soy de tu sangre! Mírame: el excelso
 Animo alienta en mí que incontrastable,
 Tras ocho siglos de sangrienta lucha,
 Te dejó libre de agarenos hierros;
 El ánimo que en polvo las legiones
 Supo aventar del pérfido Coloso
 Que te estrechaba en sus terribles brazos,
 No hartos de ahogar imperios colosales”.

Para no citar más, terminaré con los siguientes versos tomados de la poesía que dediqué á celebrar el centenario del general don Rafael Urdaneta, y con un trozo de mi folleto *La Estatua de Sucre*, recordado por el Sor. Llorente como acabado testimonio de mi enemistad contra España.

He aquí los versos:

“....Los amigos brazos
 De la América abiertos
 A la paz y á la unión amable invitan:
 Hermanos, acudid: los rotos lazos
 Rehagamos solícitos, y ciertos
 Y firmes sean votos y esperanzas
 Y afectos que hoy felices resucitan
 Sobre el sepulcro de odios y venganzas.

.....
 ¡Oh! venga, venga la gallarda gente
 Que allende el oceano
 Rebosa en vida, y en poder y en luces;

Y venga en preferente
Lugar el noble hispano
Que de la hermosa América en las venas
Su ardiente sangre transfundió el primero."

Véase el trozo del folleto:

"*Mi españolismo* ha ido siempre á la par con mi *americanismo*; ambos son afectos hondamente arraigados en mi alma. La sangre, la religión, la lengua, el amor al heroísmo y á la gloria, todo me impele irresistiblemente hácia España. Soy católico como un español de pura sangre; el estudio del castellano ha sido mi estudio predilecto; mi librería se compone en gran parte de libros españoles; en mis deseos de viajar, los ojos de mi alma se han ido de preferencia por España; la historia de España es acaso la que más y con mejor provecho he leído; sus grandes hombres y sus grandes hechos me encantan; sus glorias me enorgullecen; sus infortunios no me hallan indiferente: mi lira les ha consagrado notas de dolor."

¿Dónde están el odio y la mala voluntad á España, de que me culpa el Sor. Llorente Vázquez? El enojo no siempre engendrará odio, y enojo, que no esta pasión salvaje, hubo en mí cuando escribía contra los peninsulares, como lo he confesado. El odio es demonio incapaz de convertirse; el enojo es pasión generosa, nada difícil de trocarse en buena voluntad. Dominado por aquel demonio, yo no habría escrito jamás cosa alguna en favor de España; extinguido el enojo, que creo será justificado, ó siquiera disimulado por los españoles desapasionados y de recto juicio, pude escribir los trozos que dejo citados; y los escribí sin esfuerzo alguno de voluntad, porque al hacerlo expresaba simplemente lo que sentía.

Otro mandoble que me descarga el Sor. Llorente es el decir *que me tiene lástima de verme obligado á hablar tímidamente, con tantos distingos y con tan poca voluntad, de unión entre nuestros países*. ¿Quién ó qué cesa me ha obligado? ¿Cuál es mi timidez? El ex-diplomático habla á tontas y á locas. En mis escritos, cuando he tratado la cuestión á que se refiere, no he hecho otra cosa que demostrar la prudencia con que los americanos debemos aceptar la unión de nuestros países con la madre patria, y reprobar las alharacas que algunos noveleros de por acá han hecho de ella. Jamás me he opuesto á esa unión, y por el contrario la he aprobado, porque me pare-

ce buena y conveniente bajo ciertos aspectos; pero como es cosa seria y muy trascendental, no debe mirársela superficialmente ni tratársela con irreflexión pueril, sin buscar enseñanzas en lo pasado ni profundizar lo porvenir. La historia es gran maestra y debemos escucharla y seguir dóciles sus enseñanzas. Por no haberlo hecho, ¡cuántos males han sobrevenido á muchos pueblos! Por no haberlo hecho, la vida de nuestras Repúblicas ha sido combatida de infinitas calamidades; porque no lo hacemos actualmente, otras mil nos amenazan. Tenemos el defecto de olvidar nuestra propia historia y de no escarmentar: somos incorregibles.

Si se me tacha de asustadizo y suspicaz, puedo defenderme acudiendo á la memoria de algunos hechos. Y no soy solo en ese achaque del ánimo: compañeros tengo. ¿Cómo no los he de tener? La política española es responsable de nuestras desconfianzas, pues de cuando en cuando ha tendido el brazo sobre América con intención que no podemos calificar de inocente. El descontento de un célebre jefe de la independencia, lastimado por una grave injusticia de la política del Ecuador, le llevó á cometer un error, y este error fué la expedición que preparó en España con los caudales de la reina Doña Cristina; la voz *reconquista* sonó en la Península; pero felizmente vino á apagarse en la costa de Inglaterra. Las playas de Santo-Domingo conservan los recuerdos de otra tentativa española, fundada con poco tino en una acta de adhesión que arrancó el despecho á un partido político de aquella isla. Navas españolas y francesas vinieron á Méjico, y se retiraron las primeras cuando vieron que la Francia buscaba el provecho de su política que no la de ninguna otro potencia. A la de España no convenía una conquista para satisfacer la ambición agena. Vino, como para tantear el vado, una comisión científica española; sin duda no le pareció muy hondo, y el Gobierno español envió su escuadra al Pacífico, precedida de la significativa palabra *reivindicación*.

Todo esto es historia de ayer. ¿Querrá el Sor. Llorente que la olvidemos? ¿dirá otra vez que la prudencia que ella engendra es *timidez, distingo, poca voluntad* que le *causan lástima*? Que lo quiera, que lo diga: dueño es de su voluntad y de sus labios, como los americanos somos dueños de hacer de los hechos y dichos históricos las apreciaciones que á bien tengamos y nos parezcan justas, y de velar por la independencia y los inte-

reses de nuestras Naciones. Repetiré, por lo que pudiera valer, un pensamiento que consigné en el folleto *Mi última palabra acerca de la Estatua de Sucre*: "Hay una máxima que si aplicada á la amistad personal ha sido justamente censurada, no debe serlo aplicada á la amistad de las Naciones: en este caso es máxima prudente y sabia. Ella dice: "Se debe ser amigo, teniendo presente que puede sobrevenir la enemistad; se debe ser enemigo, sin olvidar que algún día puede venir la amistad". Seamos amigos, seamos hermanos de los españoles: conveniente, justo, honroso es, nil motivos hay para ello; pero no olvidemos que mañana ú otro día, próximo ó remoto, podemos armarnos nuevamente unos contra otros y rompernos la cabeza".

Tambièn he dicho en alguno de mis otros escritos, al hablar de la unión ibero-americano: "Es pensamiento profundamente político". Creo que no habrá persona medianamente reflexiva que no convenga en que esto sea verdad, y que esa *profundidad de la política* debe hacer cautos á los americanos. La política europea es cada día más suspicaz, más enredadora, más egoísta, y con frecuencia hasta desapiadada. Cuando le conviene, rompe los lazos más sagrados, despedaza los derechos más legítimos, se alía con enemigos de ayer, mata antiguas amistades y pasa sin remordimiento hollando sus cadáveres. No tiene más divinidad que la conveniencia, y en sus aras lo sacrifica todo. La política americana, se le parece mucho, pero es todavía una aprendiz de cortos alcances y pocas fuerzas, y en sus luchas con su congénere de ultramar no debe separarse de la previsión y la cordura. Dado el caso de un conflicto los americanos seríamos fuertes por la unión en el peligro y porque sabemos morir por nuestras libertades; pero es necesario que antes seamos fuertes por la prudencia. Un gran estadista europeo, jefe y oráculo del partido conservador de España en la actualidad, don Antonio Cánovas del Castillo, acaba de dar una lección que debe ser meditada por los americanos; en un banquete que se le dió en Barcelona hace pocas semanas, dijo, al hablar de importantes cuestiones económicas: "Conviene pensar que en las relaciones de los pueblos la generosidad es una ridícula ruina. Hay que sacar provecho de los cambios, no dar nada de balde, no hacer nada que no tenga cuenta ni cambiar las riquezas por la amistad.—Después de haber obtenido ventajas, podremos pagar con amor el mucho ó poco que nos tengan, prescindiendo del cosmopolitismo, porque el interés

nacional se sobrepone á las teorías de fraternidad". (1) Si así habla la economía, ¿qué no dirá la política?

Los lazos de la amistad y unión entre americanos y españoles, deben ser tejidos en las Academias y Liceos, en los talleres de la industria, en la correspondencia íntima si es posible entre los hombres de pro de aquí y de allá, en los buques que surcando libremente nuestros mares y ríos traigan y lleven mercancías, y pensamientos, y afectos españoles y americanos. Nada de lazos políticos que pueden convertirse, tarde ó temprano, en odiosas cuerdas con que nos estrangulemos mutuamente.

He ahí francamente expuesta mi manera de comprender y apreciar la unión ibero-americana. La someto al criterio de americanos y españoles, como español y como americano, y como interesado, por lo mismo, en que esa unión no quede en simple y estéril proyecto. Exceptuo sólo al Sor. Llorente Vázquez, porque ha dado pruebas de no ser competente para penetrar y juzgar cosas que requieren mucho juicio y reflexión.

Lo que sí voy á hacer por él es darle gusto en publicar las cartas que me dirigió en enero de 1887; pero lo haré, como es justo, acompañadas de las mias. Cree que yo puedo tener miedo de que las suyas salgan á luz; ¡qué ocurrencia tan característica del Sor. ex-ministro!

Y por fin terminaré cediendo á la tentación de preguntarle: señor mio y mi dueño, ¿quién debe *sangrarse* y *purgarse*, Ud. ó yo?

J. León Mera.

Atocha, noviembre 24 de 1888.

(Asunto del insurrecto cubano don Rafael Quesada, asilado)

(Nota de 18 de setiembre de 1871)

“Un sentimiento de respeto al Gobierno del cual soy parte y órgano, me hizo vacilar por algunas horas para decidir el par-

(1) *Las Novedades* de Nueva York, N° 347. *Carta de Madrid.*

tido que debiera tomar, con una nota que recibía el día quince, y que traía fecha del diez y nueve, y en la cual, de una manera tan manifiesta y tan inusitada resultaba herida la dignidad del Presidente, así como las consideraciones debidas á su gabinete, y desatendidos los miramientos que en justicia corresponden á los muy circunspectos y cordiales con que el Ministerio de mi cargo ha tratado siempre á S. E. el Encargado de Negocios de S. M. C. Requerir por una contestación que debía partir del Presidente de la República horas después de haber amanecido aquel Supremo Magistrado en la capital, y sin dar tiempo ni aun para la cuenta y la consideración de la materia, me pareció que no podía ser más derogatorio de la dignidad de un Gobierno, ni deber estar más distante del proceder de un Encargado de Negocios, acreditado por un Gobierno amigo, tan secular y justamente celoso de su propia dignidad, como S. M. el Rey de España. Era exigir que se hubieran consagrado á la gestión las altas horas de la noche, al tiempo que se rendía un viaje; como pudiera apenas exigirse de un subalterno en comisión urgentísima del servicio militar.”

.....

“Impuesto de ella el Presidente, encontró como debía esperarse, ofendido su decoro personal, y heridas la dignidad del Gobierno y la magestad de la Nación con el inusitado proceder de V. E.”

.....

“Del cúmulo de antecedente; hasta la fecha, estoy encargado de hacer la manifestación, tan franca y tan leal cual corresponde al Gobierno de Venezuela, para probar: primero.....y segundo, la manifiesta incompetencia que para fines tan elevados, tan sinceramente respetados y apetecidos, encuentra y había de encontrar en las disposiciones de V. E. el Gobierno de la República, para conservar y par estrechar vínculos ingenuos y recíprocamente útiles y honoros cor el Gobierno de S. M.”

El Derecho Internacional Hispano Americano, por R. F. Seijas. Páginas 181 y 182. Tomo 2º

“Estados U. U. de Venezuela—M. de R. Exteriores—Caracas: setiembre 21 de 1871—Excmo. Señor.....

Aunque abundan motivos para recelar que algún desenlace desagradable viniese á poner término á las continuas, enojosas y aún ofensivas muestras de las agrias disposiciones con que el Sor. don Manuel Llorente Vázquez, Encargado de Negocios del

Gobierno amigo de S. M. C., venía manifestando su incontentible enemistad con la actual situación política de la República, y un extraño desdén de las conveniencias y miramientos característicos del trato internacional, nunca hubiera podido imaginarme la posibilidad de una crisis tan singular, tan apremiante é inexorable como la que V. E. verá descrita con sus detalles en esta nota misma."

(Sigue la relación de algunos hechos y algunas apreciaciones nada favorables al Sor. Llorente Vázquez, y prosigue:)

"Aseguro á V. E. con toda la ingenuidad y rectitud que caracterizan á la Administración á que tengo el honor de pertenecer, que esta solución hubiera sido quizás posible, si una serie continua de hechos, y de otras muestras perseverantes de las disposiciones de un ánimo hostil, y perennemente peligroso al buen cultivo de la amistad de ambos Gobiernos y ambos pueblos, no hubieran venido creando, y no hubieran definitivamente producido en la opinión concienzuda del Gobierno, una perfecta convicción, no sólo de ser incompetente el señor don Manuel Llorente Vázquez para corresponder á los altos fines de la misión que le ha confiado el Gobierno de S. M., que ni es ni puede ser otro que la de cultivar y áun estrechar vínculos de cordialidad entre las dos Naciones, sino que es y que sería por el contrario, un Agente perenne, incansable y violento, para desunir y conducir á un conflicto &....."

"Puede esa resolución del señor Encargado de Negocios, ser violenta y extrema, en uno de esos momentos de impetuosa excentricidad que le caracterizan,....."

"Con semejantes disposiciones (las simpatías del Sor. Llorente por los descontentos de Venezuela, y su mala voluntad para con el Gobierno), exacerbadas por el carácter del Sor. Llorente Vázquez, refractadas en el tono y estilo inadmisibles de su correspondencia, y sostenida por las inspiraciones enemigas que le circundan, ofendido el decoro del Gobierno y la dignidad del país, no es posible que se considere al Sor. Llorente Vázquez competente en lo sucesivo, para cultivar y estrechar los vínculos de amistad sincera, leal y recíprocamente beneficiosa, que ambos Gobiernos tienen por objeto de su trato internacional"

"Y cumpliendo las instrucciones que he recibido del Presidente de la República y su Gabinete, pido y encarezco á V. E. que se sirva elevar á la consideración de S. M. el Rey de Espa-

ña y su ilustrada Administración, la demanda de este Gobierno amigo, de que el Sor. don Manuel Llorente Vázquez sea sustituido con uno de tantos diplomatas ilustres, y en todos conceptos competentes, como tendrá á su disposición la voluntad del Soberano.".....

Antonio L. Guzmán—Excmo. señor don Fernando Fernández de Córdova"—Obra citada, páginas 184 y siguientes.

EE. UU. de Venezuela—Ministerio de Relaciones Exteriores =Caracas, Stbre. 23 de 1871—Excmo. Señor—Altos y sagrados intereses de mi patria, semejantes á los que gravitan sobre las grandes y notorias aptitudes de V. E. para con esa España, que yo también quiero, me animan á dirigir á V. E. estas líneas en carta particular, ya que el carácter de las notas oficiales no presta, en la severidad de sus líneas, todo el campo que á veces necesita la verdad para presentarse entera.—Yo no he podido decir al señor Ministro de Estado lo que particular y confidencialmente es mi deber poner en conocimiento de V. E., para que no falte luz alguna en los consejos á que debe dar lugar la crisis, á que nos ha conducido el Sor. don Manuel Llorente Vázquez—Debo empezar por una penosa confesión. Yo creo que el juicio del Sor. Llorente, su máquina intelectual, está sufriendo sensibles perturbaciones; y las noticias que hay aquí de su última enfermedad en España, de donde llegó ha pocos meses con media cabeza rapada y las apariencias de una erisipela, que ofendía á menudo hasta la impresión del aire, vienen á confirmar lo que sus hechos inducen á creer, así como el tono y estilo de su lenguaje, que pudiera ser muy bien el de un orador de corrillo en la Puerta del Sol, pero que está á distancia inconmensurable de las reglas y los usos diplomáticos.—Para ser compendioso citaré unos pocos hechos—Antes de su viaje solía distraerse con su escopeta ó tercerola desde un balcón del hotel, apuntando ó disparando á las imágenes de Santos de buen gusto y de mármol, que decoran la fachada del templo de San Francisco, que le quedaba cerca. Esto prueba que el mal no es tan reciente. —Tiene entre otras curiosidades un perro que quiere mucho, y que él llama *attaché* de la Legación, y que aquí, donde nunca se ha visto un perro amarrado por la calle, como se ve en las ciudades de densa población, este Sor. Ministro saca el suyo amarrado, ciñendo el extremo de la cadenilla ó cordón, á su muslo derecho. V. E. imaginará fácilmente hasta qué punto

llamará esto la atención, especialmente de muchachos ladinos, que abundan aquí como en todas partes.

Como si no fuera esto bastante, añade el Sor. Llorente la singular ocurrencia de entrar á la Catedral con su perro atado al muslo, y de colocarse en medio del concurso, y como el templo tiene un acólito de sotana y roquete, armado de un látigo, amarrado al extremo de un palo, que se llama aquí *mandador*, y como su obligación es ahuyentar del templo á los animales, hace poco hubo en la Catedral una escena originalísima. Sin notar el perrero la atadura del cachorro, hubo de hacer uso del arma que la Iglesia le ha confiado, y aquí fué Troya. Imagínese V. E. lo demás, que yo siento pena de añadir.—V. E. sabe cuán delicado es el carácter de un diplomata en país extranjero, y le será fácil concebir la extrañeza con que se verá en las calles al Sor. Llorente con mujeres de mala fama.—No contento con vivir rodeado de conspiradores, quiso hace poco ir á ver á otros en la cárcel, y en lugar de haber pedido que se ordenase la permisión por los empleados respectivos, ó dirigirse á mí con la demanda, se fué á la cárcel, quiso entrar de rondón, el centinela lo echó á la espalda, y tuvo lugar un altercado escandaloso entre S. E. y el centinela, y el cabo y el sargento, que no le conocían, y cuya consigna era la que V. E. debe suponer.—Hay aquí unas hijas del General Páez, que fué dictador en años atrás, y cuyo sirviente fué reducido á prisión por encontrársele conduciendo armas y municiones á una facción. Ocurre el Sor. Llorente pidiendo la libertad de ese conspirador, como pide ó quisiera pedir la de todos los que el Gobierno arresta en su sistema de represión. No consigue la extraña demanda, pasa á la casa de las hijas de Páez, sin duda que á simpatizar con sus penas; pero como á propósito y sin venir á cuento, nombra á un individuo de la familia, lo califica de foragido, salteador y bandido, y tienen aquellas señoras que pedirle que se salga de su casa. Si no me equivoco cometió dos locuras en un solo acto.—Pudiera citar muchos, muchos hechos más, pero no juzgo que en esta materia de locuras debe estarse más al número que á la calidad.—Bueno es que V. E. sepa quien le escribe, porque lo que informe el Sor. Llorente, debe rebosar en exageraciones de odio á la España y á los españoles en Venezuela, lo cual es enteramente falso. En la extensión de la República hay muchos miles de canarios y no pocos peninsulares, y de ninguno

de esos puntos, en tan dilatada extensión, viene ni se oye una sola queja, mientras que en este ámbito que circunde á Caracas, es un hervidero de reclamaciones, que naturalmente provienen del estímulo con que las engendra el Sor. Llorente, y dos ó tres agentes que emplea para buscar quejosos, para matricular centenares de venezolanos como españoles, mediante una cuota proporcionada á la condición del individuo, para inducir inmigrados á que emigren á Cuba, como lo han hecho ya unos mil, pagando cada uno por su pasaporte una suma cuyo mínimo es la libra esterlina. Forma contraste notabilísimo la paz en que viven los españoles en los otros diez y nueve Estados, con la fermentación que se nota en éste en que está el Sor Llorente.=.....

“En merced al honroso fin que me he propuesto en esta carta, debo esperar que V. E. la acepte con benevolencia, con la protesta de mi alta consideración y respeto. *A. L. Guzmán* —Excmo. señor don Manuel Ruiz Zorrilla, Presidente del Gabinete de S. M. C.” *Obra citada, páginas 193 á 195.*

En la carta en que se pide á España el envío de un *Ministro digno de representarla*, hay también conceptos nada favorables al Sor. Llorente Vázquez: No pudiéndolo tolerar, se le expidió pasaporte con fecha 28 de febrero de 1872, para que saliera *sin demora alguna* de la República. En seguida el Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela pasó al de igual clase la nota siguiente:

“El infrascrito Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos de Venezuela, tiene el honor de dirigirse al Excmo. Señor Ministro de Estado de S. M. C. poniendo en su conocimiento el desagradable resultado que previó y anunció á S.E. como posible y aun probable en su nota de veintiuno de Setiembre del año anterior. El señor don Manuel Llorente Vázquez ha venido siendo cada día más incompetente para el desempeño de las graves obligaciones que le había impuesto la augusta confianza de S. M., que no podían ser otras que las expresadas en su credencial: conservar y aun estrechar las importantes y recíprocamente ventajosas relaciones de amistad de ambos pueblos y Gobiernos.—Llegó pues el día, por tan largo espacio de tiempo previsto con profunda pena, y evitado con tan costosa perseverancia, de enviarle sus pasaportes al Señor don Manuel Llorente Vázquez, que no sólo había dejado de ser el fiel intérprete de los benévolo y sinceros sentimien-

tos de amistad con que su Augusto Soberano corresponde sin duda alguna á los que leal y espontáneamente abrigan el Gobierno y pueblo de Venezuela, sino que era además un obstáculo insuperable al trato internacional, indispensable á los fines de su misión.—No era ya aquel señor el Encargado de Negocios de S. M. U., era un foco de reacción contra el Gobierno y contra la situación que él preside, obra de la voluntad nacional. De aquí que se hubiese convertido en objeto de universal malquerencia cuando nueve décimos de la población le venían considerando, no como el Ministro español, sino como el aliado inmune de los enemigos del orden, de la libertad y de la paz de estos pueblos. Y como de esto hiciera ostentoso alarde convertido ya en provocación, la inconveniencia se convertía en peligros de linajes distintos, entre los cuales era ya el más doloroso, el de que el señor Llorente Vázquez, que mantenía en fermentación y en una especie de revelión inerme al gran número de canarios, que el país ha llamado á su seno con la más cordial voluntad, lograra al fin engendrar un conflicto, cuyas víctimas hubieran sido esos infelices canarios, que sólo por un hábito de obediencia rústica, pudieran dejar de ser tranquilos, laboriosos y útiles, como lo son en general los españoles peninsulares, tan útiles y tan estimados en todas nuestras poblaciones.—No es dado traer á una nota diplomática los cargos verdaderamente increíbles, que pudieran hacerse, de acuerdo con la convicción general, á la extrañeza, singularidad y escándalo de los hábitos, maneras y lenguaje del Encargado de Negocios; hemos creído que ha largo tiempo que viene comprometiendo de la manera más imprevisiva el decoro de su carácter público y de la noble bandera cuya responsabilidad era su sagrado deber conservar.—Hubiera sin embargo esperado el relevo del señor Llorente Vázquez, por la sola y exclusiva voluntad de S. M., como lo pidió y esperó por cinco meses el Gobierno de la República; si no hubiera resuelto aquel señor atentar estudiosa y repetidamente á la dignidad de la República, representada en su Primer Magistrado, con el escándalo de cruzarse con el Jefe del Gobierno, en lugares públicos, sin tocarse el sombrero, ni hacer la menor demostración de cortesía.—S. E. el Ministro de Estado de S. M. juzgará fácilmente, si semejante alarde, si tan insensata provocación puede ser tolerada por el Supremo Magistrado de ningún pueblo civilizado. Y encontrará S. E. muy singular que todavía haya

podido el señor Llorente Vázquez exagerar más su estudiado olvido de todos los miramientos, consideraciones, deberes y respetos que era su obligación guardar. Ello sin embargo es verdad. Llegada á la capital la noticia del feliz y glorioso, cuanto rápido y decisivo triunfo de la mayoría nacional en la última campaña, en que el Presidente y el ejército de voluntarios que le siguió, hicieron desaparecer entre los raudales y selvas del Apure, del Arauca y del Orinoco, el último resto de los facciosos, allí refugiados, un paseo cívico por las calles de la capital, de innumerable gentío de à caballo y de á pié, presidido por el Encargado de la Presidencia, fué la primera de las numerosas y espléndidas demostraciones con que Caracas celebró el aseguramiento de la paz, y en el enajenamiento del gozo, tan natural en el Primer Magistrado; al pasar por delante del señor Llorente Vázquez hubo de olvidarlo todo, y levantando en alto su sombrero, hizo al Encargado de Negocios de S. M. la venia más cortés, que fué imitada por todo el séquito de S. E.; quedando todos tan admirados como indignados al notar la inmovilidad provocante è inalficible del señor Llorente Vázquez. —

Con tal ocasión, &.—A. L. Guzmán.

Obra citada; páginas 202 á 204.

“Quito, 5 de enero de 1887. —Señor Don Juan León Mera.— Mny Señor mio y de mi consideración:—He recibido el folletito que se ha servido Ud. enviarme, relativo à cierta trasformación de la estatua ó grupo de yeso que se halla en la portada del teatro de esta capital; en cuyo contenido se lee, *que yo he solicitado que se supriman el león, el cetro y las cadenas*, lo cual es completamente inexacto. Yo no he solicitado nada, absolutamente nada oficialmente, aunque tengo el derecho de hacerlo si lo creo conveniente.—No es mi propósito contestar al resto de su folleto, por más que una discusión con Ud. me fuera honrosa. Lo único que haré será recomendarle cortesmente, que se ponga de acuerdo con el ilustre Argentino Alberdi, el cual establece que los pueblos cultos cierran el libro de agravios abierto entre ellos, y pasan antes una esponja por las páginas en que están escritas sus disensiones: para recordarle sin propósito de molestarle, que los Apaches ponen á las puertas de sus ranchos ó toldas las cabezas de los enemigos muertos, para consagrar así su religión de odio; para asegurarle que un Americano no encuentra en España símbolos, ideas

ni palabras que no sean de cultura, atención y cariño; y para conseguir que no puedo explicarme la especie de fruición con que U. dice que los 60 millones de España de ayer se han quedado reducidos á 25 hoy.—Ud. habrá leído mucho la historia de España y le enorgullecerán sus glorias; pero ni las estrofas del himno nacional, ni su oposición á que se cambiaran cuando algun representante lo indicó en la última legislatura; ni el folleto de que tan ligeramente me ocupo, revelan en Ud. (lo digo con dolor) sentimientos de verdadera amistad hacia la madre Patria, ni son los más apropiados para establecer los vínculos fraternales que desea España.—Soy de U. atento S. S. Q. B. S. M.—*Manuel Llorente V.*

“Atocha, enero 8 de 1887.—Sor. don Manuel Llorente Vázquez.—Quito.—Muy Sor. mio y de mi aprecio:—Recibí la carta de fecha 5 con que Ud. ha querido favorecerme.

En verdad, Ud. no ha solicitado *oficialmente* la mutilación del grupo de Sucre, ni yo lo digo en mi escrito; su petición fué privada al Sor. Caamaño, cabeza del gobierno, quien á no serlo no habría ordenado aquella mutilación. No hay, pues, inexactitud en mi aseveración.—El Sor. Alberdí quería, en efecto que se cerrara el libro de agravios, esto es, que no nos volviésemos á insultar americanos y españoles; pero no aconsejaba ni pedía que se borrara la historia, menos que se renunciara las glorias legítimas que brillen en sus páginas ó en las obras de arte. A mí me agradaría que los pueblos tomasen para sí aquellas palabras de M. Guizot que encierran una gran enseñanza: “En mi larga vida he aprendido á perdonar mucho y á olvidar poco”. Los pueblos deben ser generosos, pero no desmemoriados.—Perdóneme Ud. que le diga que no es exacta la comparación de las cabezas en los Apaches. Todos los pueblos cultos gustan de monumentos conmemorativos de sus glorias y de conservar ciertas prendas con igual objeto. ¿Es cabeza de apache la columna Vendomé en París? ¿lo fué la espada de Francisco 1.º que se conservaba en Madrid? Me permito recordar á Ud. estos versos del Duque de Rivas:

Harto indignado aunque joven
Esa espada escolté yo &.

¿No fue nobilísima la indignación del Duque á causa de esa supresión de una prenda de gloria nacional? En ella estaba postrada Francia á los pies de España.—Me asegura U. que en España

hay mucha cultura, atención y cariño para los americanos. No lo dudo, y bien correspondidos están nuestros hermanos de la Península cuando se vienen por acá, excepto sólo si nos traen guerra, como ahora poco más de veinte años; esto es ayer no más.—En aquello de la fruición que dice Ud. he mostrado al recordar que España tiene sólo 28 millones de almas en vez de 60, me permitirá Ud. que le diga que hay exceso de delicadeza de parte de Ud. al apreciar mis palabras: no hay tal fruición; dije eso tan sólo para contestar la interrogación de Ud. y probar que ese desfalco de población provenía precisamente del hecho que representaba la estatua de Sucre.—Por lo que respecta al *Himno Nacional*, lo escribí por encargo del Presidente del Senado Don D. Nicolás Espinosa, padre de Roberto, nuestro amigo, y de otros senadores, en 1865, poco tiempo después del bombardeo de Valparaiso, cuando todos los americanos sentíamos en nuestros corazones, más que en nuestras mejillas el escozor de aquella fraternal caricia. Cuando me hallaba en Quito en el último congreso, el Dr. D. Miguel Ortega me propuso, es cierto, que cambiase la letra del Himno, y yo me negué; por que una vez adoptada y divulgada por toda América, no es ya mía y no tengo derecho para alterarla; y también por que el hacerlo me habría sido vergonzoso. Todos los Himnos americanos, cual más cual menos, están inspirados en los mismos sentimientos que el ecuatoriano, y dudo que nadie, si es patriota y pundonoroso, pudiera consentir en variarlos ó suprimirlos. —Mucho me pesa que Ud. dude de mis *sentimientos de verdadera amistad hacia la madre patria*. Parece que Ud. confunde mi celo por la haura nacional con una pueril prevención contra España, que estoy muy lejos de abrigar. Yo jamás digo lo que no siento, y cuando me expresé en mi escrito favorablemente respecto del restablecimiento de las relaciones de familia entre españoles americanos y europeos, no hice sino manifestar lo que en esta materia tengo encarnado en mi corazón. Pero si Ud. no lo cree, qué vamos á hacer: yo seguiré siendo español y americano, trabajaré siempre que pueda por que se realice la unión ibero-americana, y al mismo tiempo defenderé la libertad y el honor de América; Ud. por su parte siga dudando de la sinceridad de mis afectos. Sin embargo, me perdonará Ud. le diga que no soy quien ha iniciado este despertarse en mi país de ciertos resentimientos antiespañoles, circunstancia

que deploro, y que Ud. debe proceder en el sentido de evitar la continuación de una polémica nada pertinente al objeto pacífico y noble que se propone. Yo de mí puedo asegurarle que no escribiré ni una palabra más acerca de asuntos tan delicados, á no ser que me obliguen á ello nuevas imprudencias que lastimen la honra nacional y la verdad y dignidad de la historia patria —Soy de Ud.&.—*J. León Mera*".

"Quito, 12 de enero de 1887.—Señor Don Juan León Mera.—Muy Señor mio y de mi consideración:—Creo necesario decir mi última palabra en la cuestión suscitada por U. con motivo de la transformación hecha en la estàtua de yeso que se vé en la fachada del teatro—Dije á U. en mi anterior, que ninguna gestión oficial habfa hecho *creyendo que á tales demostraciones podría Ud. referirse en su fileto*, y ahora añadiré quo es perfectamente inexacto tambien que yo haya hecho petición alguna particular como Ud. tan ligeramente asegura. En una conversación con el Señor Caamaño hace 8 ó 10 meses, le dije que no encontraba delicada ni justa la pizoteada del León y el escudo Español, tanto porque restablecidas las relaciones entre España y el Ecuador no era ese el espectáculo que un País culto debiera presentar al Ministro de una Nación amiga, cuanto por que no habíamos sido conquistados por los Ecuatorianos para significarlo así. La conversaciòn fué el empleo de dos minutos entre otras cosas más ó menos corrientes. Más tarde, cambié una carta literaria y amistosa con uno de mis amigos, cuya carta publicó el amigo con su contestación, y por fin hice un discurso en la instalaciòn del centro hispano—americano y terminé, "pidiendo á Dios que se acabasen los odios, preocupaciones, símbolos y manifestaciones inesplicables despues de 70 años de independencia y de tantas y de tan repetidas muestras de cariñosa fraternidad como España tiene dadas á estos Países" cuyo discurso es el que ha decidido al Sor. Presidente á la que Ud. llama, algo impropiamente, mutilaciòn.—He aquí lo que Ud. llama también petición. No falta más que en nombre de la libertad, ó como un nuevo derecho de gentes, se me obligue á no hablar, como no sea para lisongear pasiones bastardas.—Si el uso que hace U. de su inteligencia para cosa tan poco en armonía con ella, le hiciese Ud. para aconsejar á sus compatriotas que no pusiesen pasquines con mueras á España y al Ministro Español en las esquinas de la ciudad: que no vinieran á hacerles manifestaciones indignas de un pueblo culto á la puerta de

su casa y en altas horas de la noche como bandidos; y para es-
 plicarles que hasta los salvajes hacen una religión de la hospita-
 lidad y rodean de consideraciones al Enviado de otros Países, en
 lugar de insultarle *sin razón alguna* en papeluchos y gritos; yo so-
 lo tendría palabras de admiración para Ud.—La columna Vendome
 de París, solo representa á Napoleón 1° *sin pisar nada*, pues
 ni la cultura de Francia podía hacer una manifestación indelica-
 da, ni las Naciones aliadas lo consentirían hoy. La espada de Fran-
 cisco 1° *nunca la puso España debajo de los pies de Carlos V.*—
 En buen hora levante la América estatuas á sus hombres emi-
 nentes para glorificarlos, pero no la felicitarè, ni conmigo ningún
 hombre culto, si cree que para arraigar el patriotismo debe inspi-
 rarse en el odio.—Yo he representado mi País en el Plata, en-
 centro América en Venezuela & y no he visto símbolos como
 el que Ud. defiende, en ninguna parte.—Desde que estoy en el
 Ecuador me he asociado á la conmemoración de la independencia,
 sin dolerme prendas; como á todas las dichas y las penas del País.
 No hay un solo acto que no haya sido del agrado del Gobierno
 Ecuatoriano y aprobado por el mio.—Dejemos la letra del him-
 no nacional, los sentimientos de españolismo de Ud. y la pobla-
 ción de España aparte, para no hacer un alegato de esta carta; a-
 sí como también dejemos las *caricias fraternales*, el merecido
 bombardeo de Valparaíso y el del Callao de que no habla Ud. y
 cuya causa sin duda ignora.—Pero aun cuando sea algo larga esta
 carta, es necesario que en ella yo restablezca la verdad y a-
 fronte las preocupaciones, con el valor que da la conciencia de un
 acto de dignidad realizado—Se dice general é inconscientemente
 que los Españoles fueron vencidos en América, y se dice una
 inexactitud. Lo que quedó vencido en América fué el principio rea-
 lista español.—En tanto que reine en estos Países la idea de que
 cada uno de los pueblo Americanos ha vencido á España; to-
 das las frases cordiales que se dicen en determinadas ocasiones ten-
 drán mucho de farisáico.—Es preciso que nos persuadámos todos
 de que aquella guerra *en que todos eran Españoles antes de la
 independencia*, fué una guerra civil en que se defendían dos prin-
 cipios.—Es necesario que no se olvide que Bolívar nació bajo la
 bandera de España, como tantos otros á quienes sus talentos y el
 triunfo ó la fortuna, hizo héreos de aquella odisea.—Hace falta que
 no se ofusque nada. Muchos Jefes y oficiales Españoles estuvie-
 ron en las filas patriotas y muchos criollos é indios estuvieron
 con los realistas.—¿Dónde estaba España entonces Señor Mera?

En todas partes. Los primeros gritos de estos Países, fueron de lealtad al Rey de España. Las complicaciones políticas de la Metrópoli fueron causa de que se bastardeara el leal principio de la revolución americana y corriera por diversos cauces.—¡Cuántas ambiciones y cuántos odios no se crearon en la misma revolución! Todos los que han estudiado la historia los conocen.— El León y el Condor que ha puesto mi amigo Quintiliano Sánchez, frente à frente en una de sus inspiradas composiciones, á mí dedicada, eran criollos los dos. No era el León Español que estaba á 2600 leguas, en una época en que para enviar á ó 6000 hombres á América era preciso mucho tiempo y muchos barcos, sin contar con revoluciones como la de las Cabezas de San Juan, verificada por el General Riego, al frente de una división con destino á estos Países en 1820.—El León de España, el legítimo estaba en Cádiz, en Bailèn y en Zaragoza por aquellos tiempos.—España no tenía en América más que su historia desde la conquista y los intereses que se habían creado á la sombra de su bandera.— Los pocos auxilios que vinieron de España para lucha tan gigantesca, no puede establecerse, como no sea por ignorancia ó mala fé, que fueron la España entera, que luchaba entonces con la Península y vivía en las convulsiones que en aquella época agitaba la Europa.— Repito con el corage que dá una convicción, que lo que ha triunfado en América es un principio y lo que ha habido es una guerra civil en la cual fuimos vencidos por nosotros mismos, como he dicho yo otras veces, sin que por parte del principio vencido haya hoy amarguras de ningún género, sino por el contrario grande afecto y mayores deseos de que las 15 Repùblicas que fueron un tiempo posesiones Españolas, y hoy son Naciones soberanas, sigan conservando su independència absoluta en todos los terrenos, y sustrayéndose á las influencias de otras razas.— Aun me ocurre mucho que decir, pero esta ha de tener un término.— Quedo de Ud., con toda consideración atento S.S.Q.B.S.M.— *Manuel Llorente Vázquez*"

En el revés del sobre de esta carta hay estas palabras de puño y letra del Sor. Llorente: "Autorizo à Ud. para que haga uso de esta carta como le parezca conveniente".

Atocha enero 15 de 1837.— Sor. D. Manuel Llorente Vázquez.
— Quito.— Muy Sor. mio y de mi aprecio:— Ayer tuve á honra el recibir su carta de fecha 12.— Podía contestarla extensamente; pero no deseo hacerlo. No conviene al pensamiento de Ud.,

que también es mio, de unión y fraternidad hispano-americana, que continúe pública ni privadamente nuestra polémica; menos convendría dar á luz su carta, según Ud. me faculta: aquello del *merecido bombardeo de Valparaíso y el Callao* levantaría, talvez, ominosa polvareda en Chile y el Perú. Le diré sólo, por que Ul. nota mi omisión del combate del Callao, que el *Himno Nacional* fué escrito seis meses antes de este suceso, y no venía á cuento el citarlo; á mayor abundamiento cuando él, si en concepto de los españoles les fué favorable, en el de los peruanos, y puede decirse de los americanos, fué todo lo contrario.—Prudencia, Sor. Vázquez, Ud. sabe mejor que yo que ésta y la sagacidad son poderosas en cualesquiera circunstancias de la vida, y mucho más en la vida pública. Ud. con su carta á nuestro amigo R. Espinosa y con sus gestiones sobre la estatua de Sucre, de cualquier género que hayan sido, faltó á ellas: no reincida.—En cuanto á los pasquines é insultos contra España y Ud. las quejas son justas; yo los condeno y mostraré mi sentir públicamente en primera ocasión. Pero me permitiré decir á Ud. que áun en países muy civilizados, el pueblo, cuando se exalta, hace tales demostraciones, en todo caso vituperables, eso sí. Muy reciente está lo que pasó en París con Don Alfonso XII, y en Madrid con el Ministro alemán—Las pasiones exaltadas en todas partes son *jivaras* y dan los mismos frutos.—Ajusto á Ud. la mano y me repito su atento y y s. s. q. b. s. m.—J. León Mera.

“Señor Don Juan León Mera.—Quito, 18 de Enero de 1887.
 =Muy Señor mio y de mi mayor respeto:—He recibido su estimada carta del 15 y bendigo su buena y última inspiración. La palabra “unión” es la única culta, inteligente y fructuosa. España ha tenido la suerte de pronunciarla y yo también.—Sobre si el bombardeo de Callao nos fué próspero ó adverso, no quiero tener opinión. En España se considera hoy como duelo todo choque con nuestras hermanas; pero España es un país de corazón y bastante grande, para pedir que se respete á los Españoles en cualquiera parte del mundo en que se encuentren y si la dolorosa necesidad lo impone para vengar los atropellos que contra ellos se cometan como hacen todos los pueblos dignos. Los Peruanos no han celebrado este año el 2 de mayo y yo creo que con solo ese acto han demostrado su cultura, su verdadera fraternidad con España y su honrosí-

sima delicadeza, que tiene todas mis simpatías.—Yo no he faltado, con mi carta al Señor Espinosa ni con mi discurso en la instalación del Centro Quiteño Ibero-Americano, á ninguna condición de mi cargo, que debe cuidar de la dignidad que representa, tanto como de las afectuosas relaciones con el País en que está acreditado.—Respecto á las demostraciones que tan injustamente se han hecho contra España y contra mí en esta capital, veo con verdadera satisfacción que Ud. las condena y que aprovechará la primera ocasión para hacerlo conocer del público. Reciba Ud. mi más sincera felicitación por ese digno modo de sentir.—Es exacto lo que Ud. me dice sobre ciertas demostraciones hechas por las capitales de España y Francia, pero dejando á un lado París y todas las satisfacciones que Mr. Grevy dió en la Embajada de España; diré á Ud. solamente que varios de los alborotadores Españoles están purgando en los Establecimientos penales el atentado cometido contra una Legación extranjera.—Esta carta que cruzo con Ud. tiene el caracter de correspondencia respetuosa desde que Ud. no insiste en que se aje y maltrate mi leal y cariñosa representación en estos Países, en los cuales repito, una vez más, he demostrado los cordialísimos sentimientos de mi Patria; nuestro respeto por la independencia, y nuestro deseo de prestigio y de prosperidad para estas Naciones: he salvado algunas víctimas de la política, cuyo indulto ó libertad he conseguido; he dado con larga mano lo que han venido á pedirme á mi casa; he cultivado y cultivo relaciones con cuantas personas han tenido la benevolencia de acercármese y no tengo que arrepentirme de un solo acto impropio de mi posición y de mi representación.—Hechas estas esplicaciones que considero necesarias, insisto en manifestar, que dentro de la razón, de la delicadeza y de la cordialidad, me será siempre grato corresponder con U., como lo hago ahora.—Soy de Ud. muy atento S. S.—Q. B. S. M.—**Manuel Llorente V.**

Atocha, enero 22 de 1887.—Sor. don Manuel Llorente V.—Quito.—Muy Sor. mio y de todo mi aprecio.—Recibí ayer su grata de fecha 18.—Parece que está agotada, por ahora, la materia de nuestra pacífica discusión privada; así como, aunque harto fecunda, la que he tratado por la prensa no volverá á ocuparme, pues va tomando aspecto impertinente. Ya habrá visto Ud. que mis rivales han comenzado á poner ofensas per-

sonales de trama de su argumentación; esto es indigno. El cuaderno que he publicado con fecha 16 será el último.—En carta que he dirigido al Red. de “La Nación” de Guayaquil, y que espero se dará á luz, he cumplido mi deber de condenar el tumulto popular de Quito, hostil por sus vociferaciones, á Ud. y á España. No, Sor. Llorente, no veré jamás con ojos indulgentes las acciones que se salen de lo justo y decoroso: católico sincero en religión, y *verdadero* conservador en política, gusto de ir siempre por el camino recto que me abren mis principios. Este proceder me ha concitado enemigos; pero no imparta: lo que conviene es no dar motivo de tormento á la propia conciencia ni argumento á la historia para que le condene á uno á sus páginas negras.—Aprovecho esta nueva ocasión para saludar á Ud. y repetirme su muy atento y S. S. Q. S. M. B.=*J. León Mera.*

Fin.

Erratas sustanciales.

Página	Línea—	Dice	Léase.
4	2.3	presedió	precedió
5	2—5	insidente	incidente
8	17	separlo	separarlo
11	24	susodidhos	susodichos
12	22	Varela	Valera
14	4	mi indignación	mi indignación
”	37	pretención	pretensión
15	15	solía,	solía
16	13	Son innatos	Los innatos
”	18	no ha menester	no he menester
23	28	los americanos	los americanos
26	6	detales	detalles
”	11	Administración	Administración
”	32	y sostenida	y sostenidas
32	19	Alberdí	Alberdi
”	44	Vendomé	Vendome
33	6	28	25